

y sí mucho del galimatías del señor Lapuya, galimatías que evidentemente no nos interesa. También se encuentran palabras inventadas que no pertenecen al francés ni al castellano, y que son galicismos burdos.

Es sensible que un mal traductor pueda echar a perder una obra de interés como la que comentamos, pues en el original francés que hemos releído en la *Revue des Deux Mondes*, que lo publicó hace algunos años, Bertrand consiguió una interpretación, ni muy acertada ni muy profunda, de San Agustín, que, por sus condiciones de estilo, sobrio, armónico y de una suprema elegancia, llegaba a todos los corazones aunque no haría pensar a muchas cabezas, porque el elemento ideológico del libro no es lo principal.

Hoy día, la circunstancia que hemos indicado al comenzar esta crónica, pone de nuevo en actualidad el libro de Bertrand, que es el más adecuado para difundir el conocimiento de San Agustín entre toda la gente que se interesa por adquirir conocimientos de ocasión o circunstanciales. Pero sin duda alguna, es una obra con mala suerte, pues agotadas las ediciones francesas sólo han llegado a las librerías los ejemplares de la traducción a que nos hemos referido, y que no hace ningún favor ni al santo, ni al autor.—*Abel Valdés A.*

MARIÁTEGUI, por *Eugenio Orrego Vicuña.*

La tragedia de la presente generación sudamericana es la tragedia

de una generación sin maestros. ¿Han producido la Universidad, la política, el ejército, la literatura una personalidad ejemplar y señera que se aureolara de la confianza colectiva y condujera a las multitudes a la realización de un gran ideal? La respuesta negativa parece imponerse.

Han sido malos años los nuestros. El cambio operado ha sido tan violento y profundo que las rupturas surgidas del desastre no podían admitir parches más o menos generosos aconsejados por arbitristas entusiastas. Pudo existir acaso la madera del gran espíritu. Pero, sofocado en medio de la hostilidad o la indiferencia de sus contemporáneos, prefirió hundirse en la soledad y en el silencio a construir orgullosamente la propia obra.

Y esa conciencia de la obra bien hecha, esa dignidad del oficio que ha mantenido en un egoísmo saludable a tantos espíritus que no han querido afrontar las asperezas de la lucha, ha sido la salvación de ellos mismos y de sus contemporáneos que han podido ser los testigos apasionados de sus meditaciones.

No es precisamente el caso de José Carlos Mariátegui que con tanta simpatía estudia Eugenio Orrego Vicuña en su conferencia recogida ahora en libro (1).

Mariátegui desafió virilmente el medio hostil y fué el abanderado de todo un movimiento de renovación social. Pudo haber sido el maestro de su generación. Pero las

---

(1) Ediciones Mástil, Santiago de Chile, 1930.

veleidades de una flaca naturaleza malograron el ímpetu creador y dinámico de un espíritu en trance de superación perenne. Ahora, muerto, ejerce desde sus libros el más alto magisterio. El magisterio de su obra y de su ejemplo que leen, comentan y explican los fieles de su credo político.

¿Cuál viene a ser el significado de Mariátegui en el actual pensamiento americano? Para nosotros, el de superar la simple prédica sentimental y humanitaria para adentrar en los problemas y si, no resolverlos, formularlos con precisión. Gran labor para un hombre y sobre todo para un hombre americano. Creemos que no hay exageración al decir que con Mariátegui empezaba en América (pienso en nuestra América) una nueva familia de escritores. Porque no hay que mirar únicamente su obra desde el punto de vista del apostolado. Es un punto de vista que no debemos descuidar; pero erraríamos rotundamente si creyéramos que es el único. Tuvo Mariátegui comienzos puramente literarios. Poéticos, si quisiéramos llevar la precisión a su último extremo. Sus metáforas audaces y pirotécnicas aparecían dejando su deslumbramiento fugitivo en *Colónida*, la revista de Abraham Valdelomar. De toda esa inquietud por alcanzar una nueva forma poética, que sacudía a un grupo de escritores jóvenes y fervorosos, habrá que salvar el nombre de un poeta que creó su propia expresión: José María Eguren.

Si Mariátegui había de desdeñar después sus caligrafías literarias

no era, sin embargo, posible creer que su actitud significaba un repudio del literato puro. En él, defensor del marxismo, hemos de encontrar el intérprete más sutil de la poesía de Eguren.

Junto al hombre político alentaba en él el escritor. Y era político en cuanto su obra literaria trazaba una orientación y un camino a los iniciados en Marx. Su adhesión a un método tan rígido como el marxismo pudo restar eficacia a su acción y restringir el círculo de sus ideas. Porque había en él el partidario de un dogma, que, lealmente, no se olvidaba de su doctrina al interpretar el hecho americano.

Su gran virtud está en despejar de su aparato de fórmulas y axiomas a la escuela cuyas doctrinas abraza y hacer de su estudio interpretativo un todo animado y viviente que interesa al hombre de América que tiene la preocupación de la vida de su pueblo y de su raza. Habla ya no sólo al correligionario, al partidario o al neófito. Su prosa sólida y clara encuentra resonancia en quien no sea ajeno al imperio de la emoción política. Es el triunfo del escritor.

El estudio de Orrego Vicuña permite abarcar panorámicamente la vida del luchador. Una vida que mueve a la admiración y al respeto. Mientras tanto, falta todavía la ubicación del escritor. Para ello será necesario que en su patria o en cualquier rincón de nuestra América surja un hombre de la maravillosa arquitectura mental de Mariátegui que sepa comprenderle en la plenitud de su vida y de su obra.

Orrego Vicuña enfoca un aspecto parcial, y, a nuestro juicio, lo hace con claridad, amor y pasión.

Pero su estudio deberá ser completado. Porque era Mariátegui un americano de vocación magistral y no hay que entregar a la muerte como trofeo la posibilidad y la esperanza de su alto magisterio. Analizándolo, estudiándolo, difundiendo, combatiéndolo, libraremos su obra del olvido. Y cuando es la tragedia de una generación no tener un maestro entre los vivos, que sea la obra de un muerto digno y entero la que indique un camino en medio de la desorientación y el desconcierto.

No hay que interpretar el magisterio como la sujeción servil a las fórmulas vagas elaboradas por un santón intangible de místico prestigio. Ha de corresponder al maestro la virtud de la incitación y el estímulo. Fué lo que hizo Mariátegui desde *Amauta*, defendido y sostenido por la sencilla dignidad de su vida. Representante fiel de esta generación, no podemos juzgar su obra en su plenitud porque, más que una obra hecha, es una obra que se está haciendo. De él partió el impulso inicial. Quedó la pauta breve de lo que alcanzó a dejar escrito. Pero en él se mezclan el hombre de letras y el hombre de acción, el pensador y el político, y si es posible admirar la trayectoria de su talento claro y analítico, no sabemos hasta donde pudo llegar en la realidad el mundo ideal a cuya construcción sacrificó su vida.—*Roberto Meza Fuentes.*

JOAQUÍN COSTA. El gran fracasado, por *M. Ciges Aparicio.*

La biografía de Costa ha venido a enriquecer la colección de biografías noveladas que, sobre españoles del siglo XIX, publica la editorial Espasa-Calpe (1). Antes de examinar el libro, debemos dejar constancia de que la personalidad del eminente polígrafo de Graus no se ajusta al patrón de la serie. En efecto, los once años del siglo que corre que le tocó vivir a Costa (murió el 8 de Febrero de 1911), fueron, a pesar de su forzosa reclusión en Graus, los más fecundos en actividades e iniciativas de todo orden, especialmente en lo que se refiere a su actitud política, en la que su republicanismo decidido tomó en más de una ocasión la forma de un apostolado evangélico. Sin embargo, el tema, la enorme personalidad de Costa, es lo único que puede salvar al libro, y lo único que interesa, a pesar del autor, como luego lo veremos.

Joaquín Costa, nacido en Monzón, en Septiembre de 1846, representa en España la voz más poderosa del nacionalismo perfecto, del patriotismo comprendido en la única forma en que los acontecimientos por que pasó la España del siglo XIX podían hacer factible para el engrandecimiento nacional. Y el mote con que lo bautiza el autor del libro que comentamos, «el gran fracasado», encierra la tragedia no tan sólo de Costa sino de España, porque el hecho de que la

(1) Madrid, 1930.